

## SEMBLANZA DE ANTONIO CANO

RUEDA CASINELLO, Fco. J.  
Ingeniero Agrónomo

Quizá la estrecha amistad con Antonio Cano no me permita ser todo lo objetivo que debiera, pero pienso que si las personas que de verdad calamos en su personalidad no aportamos nuestro punto de vista, la apreciación global no sería tan completa. Me arriesgo pues en las profundas honduras de mi subjetividad para tratar de hacer una somera semblanza, un retrato de rápida pincelada, del hombre que conocí y siempre seguiré teniendo por amigo.

Quijotesco y desgarbado, su figura, más que abandono, era consciente dejación de lo superfluo, pues tanto en el modo de vestir como de comportarse afloraba un idealismo prioritario y se traslucía todo aquello en lo que creía. No había disimulo ni ocultación alguna.

Hombre inteligente, inquieto ante todos los fenómenos culturales e intelectuales, no era menos abierto a todo aquello que la vida podía tener de conquista y de aventura.

Su conversación era amena y variada, enormemente sincera en todo momento, tenía la virtud de la simpatía, de una desbordante simpatía que atraía a todo aquel que lo conocía.

Una de sus facetas más destacadas era esa atracción. En su chalet de "Villa Pepita" siempre estaba rodeado de sus hijos, de los amigos de sus hijos y de sus amigos. Nunca, en su trabajo, renunció ni a su familia ni a sus amistades. Alternaba y compartía una cosa con la otra.

Recuerdo mis conversaciones con él en su pequeño taller de bricolage, taller para todo, desde hablar de cualquier tema hasta entablillarme algunos trofeos que yo le llevaba más con la esperanza de su conversación que en otra cosa.

A todos nos imbuía y contagiaba no solo esa fé en lo que estaba haciendo

sino, lo que es aún más importante, en ese modo de vivir, aparentemente desordenado pero ordenado, en esencia, hacia dos importantes fines: El sentido de la vida y el sentido de su trabajo en la vida.

Abogado y escritor, Antonio sintió que la llamada de la Naturaleza era irresistible. Y dejó muchas cosas que hacía bien y otras que podría haber hecho bien para atender a esa llamada interior, ineludible, que con tanta fuerza le atraía. A la llamada vocacional.

Desde entonces volcó todo su ser en los animales y en los fenómenos biológicos. Un caso muy parecido al del inolvidable Félix Rodríguez de la Fuente, que puso su vida al servicio de lo natural, y del que, por cierto, era un buen amigo.

Naturalistas de vocación y de entrega ambos, Antonio ya no tuvo ojos más que para los fenómenos vitales. Y cuando se le cruzó por la mente el rescate de la fauna africana amenazada, concentró en ello todas sus energías hasta conseguir lo que consiguió, siempre ayudado por su inseparable Mar.

Antes había recorrido España entera estudiándolo todo, inmerso en las alturas de Cazorla o en las arenas de Doñana, acompañado en casi todas las ocasiones de su familia, viéndolo todo, fotografiándolo todo. Pero no voy a hacer aquí su "curriculum vitae". El era contrario a esos honores y le bastaba con la propia satisfacción de lo realizado. Sí quiero, en cambio, destacar que esos logros no eran solo el fruto del tesón y de la inteligencia sino, como ocurre casi siempre, muy especialmente, fruto del amor, del amor hacia los animales.

Recuerdo con nitidez el entusiasmo con el que daba el biberón a su querida "Adela", la pequeña gacela mejor tan costosamente lograda en tierras almerienses, o los mimos y las caricias que prodigaba a aquel su lobo "Fede", que deambuló mucho tiempo por el jardín de su chalet hasta que no tuvo más remedio que recluirlo en el zoo de la Joya.

Amaba intensamente su trabajo y vivía como suyos los avatares de sus animales, a los que trataba con un cariño casi humano.

Pero Antonio no era solo zoólogo y etólogo de vocación. Era también un enamorado de la montaña, de la que sentía asimismo su irresistible llamada. Con mi hermano Andrés, que lleva la montaña dentro de él, hicieron varias escaladas y excursiones montañosas; una de ellas los llevó a los Alpes. Sentía con fuerza la atracción y el riesgo de la altura. Y cuando mi hermano se fué, por un par de años, a Ecuador, me decía Antonio todo lo que envidiaba aquel viejo y lo que le hubiese gustado subir con Andrés al Cotopaxi y al Chimborazo, picos que, naturalmente, escaló mi hermano.

Por eso, a su muerte que me cogió en un mal momento de salud y postrado todavía en la cama, quise servir de enlace entre ellos y con la montaña, que también amó, y escribí estos versos:

Te traigo desde cielo ecuatoriano,  
con el dolor que da el adiós postrero,  
un mensaje con aire montañoso  
que escribo por la boca de mi hermano.

Un recado de amor; mejor un ruego  
de una visita a las cumbres nevadas.  
De una ascensión. Tu última cordada,  
ahora que ya eres libre y eres nuevo.

Andrés te esperará entre los neveros  
donde se cierne el cóndor con sus alas  
sirviéndote de enlace mensajero

allí te abraza en el altozano  
de tu postrer y más grande escalada  
libre de todo al fin, Antonio Cano.

Antonio ya no está con nosotros físicamente, pero perdura su recuerdo, su cariño, su escuela. Es a eso a lo que se le llama perdurar.

Un día me confesaba que él también había sido cazador impenitente, como yo. Que había llegado a lancear jabalíes desde caballo, en Doñana. Y que todavía comprendía a los cazadores auténticos pero no a los matarifes ni a los presumidos tiradores.

Era un hombre versátil, variopinto. Pero ante todo era un hombre de espíritu libre, un hombre que amaba la libertad por encima de todo. La amaba de tal modo que ni el mismo podía programar su vida. La dejaba correr libremente atraído solamente por todo aquello que amaba y que lo motivaba.